

# ¿Existe una identidad literaria? Apuntes para la construcción de una respuesta<sup>1</sup>

*JUAN MARTINI*

¿Cuáles son hoy las fronteras de un país o de un continente? ¿En qué consisten la soberanía de un país, la autodeterminación de los pueblos o los derechos humanos? Estas preguntas, y otras –todas preguntas sobre la identidad, sobre la cultura, sobre el saber, preguntas sobre el orden de las nacionalidades y sobre el orden internacional que gobernó como pudo al mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el 11 de septiembre de 2001–, preguntas, en definitiva, sobre un orden indeseable que hoy rige a la humanidad –orden que de ninguna manera llamaré nuevo sino, en el mejor de los casos, repentino (puesto que no ha sido del todo imprevisible)–, preguntas cuyas respuestas casi no existen o están en tránsito pero que formulan sin embargo el amplio marco de una incertidumbre que tiene, en su base, la crisis de nociones que parecían indiscutibles: la identidad personal, la identidad de las naciones, las más amplias aún identidades culturales que permitieron, por ejemplo, que la Unión Europea reordenara y reformulase no sólo sus intereses económicos y políticos sino los enclaves que hoy le permiten a los países miembros identificarse con una noción general de Europa que la Unión reivindica como su identidad cultural.

En estos primeros años del siglo XXI estamos protagonizando un enorme cambio sin fronteras que quizá nos ponga frente a un futuro inmediato o cercano completamente nuevo y casi con seguridad detestable, un futuro que en sus expresiones polares podría ser dominado por las formas más desarrolladas del capitalismo jamás imaginadas o por fundamentalismos religiosos militarizados: ninguna de estas dos posibilidades, por lo demás, excluye a la otra... Sería de ilusos

---

<sup>1</sup> La versión original de este texto apareció en el “Lugar de autor” número 5 de Revista *Telar* (2007).

imaginar la posibilidad de un planeta custodiado por un poder hegemónico, por sus ejércitos de ocupación o por sus milicias terroristas, y que ese poder no tuviese por objetivos el control de la política y de la economía mundiales a través del control de los recursos financieros y humanos, los combustibles, el tráfico de armas y de drogas... Nos toque lo que nos toque sería, en un escenario de tal naturaleza, prácticamente imposible zafar de dictaduras disfrazadas de adalides de las libertades para las cuales serán necesarias y funcionales, además, nuevas e infinitas guerras que mantengan en pie a las industrias, por un lado, y al miedo por el otro... También conviene señalar que cuando se habla de formas hiperdesarrolladas del capitalismo no se excluye el avance sobre nuevos mapas geopolíticos de potencias económicas, militares, científicas y humanas como China, Rusia, India o Japón...

La globalización, que un día nos cambió ideas básicas acerca de la identidad de una persona o de un país, y de la identificación de las personas y los países con fenómenos propios de las tradiciones, los mitos y las culturas, un día –con la misma rapidez y candor con que otro día habíamos pasado de los discos de vinilo a los CD’s digitalizados o de los teléfonos presos de sus cables a la liviandad de los celulares– nos cambió de golpe las ideas sobre las fronteras, sobre las diversas bolsas de valores, y sobre los mercados comerciales. Nos cambió también, por supuesto, o al menos puso en crisis, valores no fungibles como la honradez, la tolerancia, el respeto mutuo y la ética. En su lugar la hipermodernidad parece haber establecido la noción de protectorados económicos y militares para el mundo entero, la trivialidad en las ideas, y la comunicación masiva o mediática como la esencia misma de una razón de ser fugaz, inerme, intrascendente: la cultura no debe ser una forma de imaginar el mundo y sus utopías sino un entretenimiento publicitario y funcional al consumo y a la pasividad.

Las unidades regionales, continentales o estratégicas, como la mencionada Unión Europea, o los proyectos del Mercosur y del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), son uniones comerciales, económicas y políticas que se disputan y se disputarán los mercados, la hegemonía de las divisas y las políticas globales... En medio de esos bloques desaforados, imperiales y masificados, la identidad, como una idea arcaica, es posible que quede a la deriva o que sea homologada, como una trivialidad más, a los valores entonces globalizados que reducirán toda noción consistente a una noción ligera pero sobre todo inofensiva.

Conviene de todas maneras no perder de vista que este probable futuro es por ahora sólo una posibilidad en progreso, y que en el caso argentino, y en el caso hispanoamericano –por la comunidad de una lengua– o en el caso latinoamericano –que incluye a Brasil–, los ideales de los próceres nacionales y continentales en cuanto a la construcción o el reconocimiento de identidades propias de cada país y otras propias de la región –aquella gran Nación de Repúblicas imaginada por Simón Bolívar– no han pasado en general de la expresión de ideales a los que se puede adherir o no según grados de convicción o de duda que no han encontrado aún consensos objetivos... De modo que desde otro ángulo, desde una perspectiva que acepte que la globalización y todas sus subformulaciones se podrían constituir en un poder real y hegemónico nos encontraríamos casi en el fin de algo que no hemos terminado de definir. Y eso sería nada más y nada menos que nuestra identidad.

Si se cuenta desde la declaración de la Independencia, en la ciudad de Tucumán, el 9 de julio 1816, la República Argentina no ha cumplido todavía 200 años... Es un período histórico realmente breve para amalgamar a los descendientes de los primeros pobladores –aquellos en verdad que lograron sobrevivir a las expediciones de exterminio– con todas las variantes de poblaciones sucesivas, de las más diversas procedencias, que posaron sus pies en estas tierras dispuestas a quedarse aquí, a apropiarse de la nacionalidad y de las riquezas disponibles, o a hacer cumplir, en definitiva, la invitación con ínfulas fundacionales inspiradas en una suerte de hermandad universal y establecida en la Constitución de 1853. De este modo convivimos desde entonces en un territorio poblado por mapuches, guaraníes, quechuas, kollas, tobas, criollos, diversos mestizajes, y los descendientes de la inmigración que, entre 1850 y 1940 depositó en la Argentina a unos siete millones de almas, italianos y españoles –predominantemente–, pero también franceses, alemanes, británicos, polacos, rusos y sirios, entre otros, y entre otras nacionalidades incluidas las hispanoamericanas.

La idea de que existe una identidad cultural supone una idea previa y, obviamente, cierta: existe la cultura. Lo que no existe, sin embargo, es una cultura única, común a todos los hombres. La cultura, en general, es una fusión de culturas diversas. Y esa cultura no es patrimonio exclusivo de un pueblo o de un país. La cultura es un bien sin límites y adquiere en cada caso la forma y las condiciones de cada caso en particular. En este sentido se puede pensar que no existe, por ejemplo,

una cultura pura y exclusivamente argentina. Es posible, desde luego, pensar en una identidad cultural, pero es necesario tener en cuenta que un pueblo, una región o un continente no comparten necesariamente todos los rasgos de la misma cultura.

Una identidad cultural puede pensarse para una comunidad que comparta una misma lengua, un mismo suelo, y las mismas tradiciones. Es obvio que los actuales habitantes de la provincia de Chubut no comparten la misma identidad cultural que los habitantes de Tucumán. Mientras los mapuches de Chubut denuncian expulsiones de sus tierras por parte de la empresa Benetton, que ahora no sólo es propietaria de un millón de hectáreas en la Patagonia y la mayor productora de ganado ovino del mundo sino que se dedica también a exploraciones mineras en una exitosa búsqueda de oro, un segmento de la población tucumana reivindica la lengua quechua como un patrimonio cultural del noroeste argentino y el bilingüismo como una condición de identidad... La lengua quechua se habló en la región hasta fines del siglo XIX...

Y ahora, para redondear el intento de abordaje a la pregunta que preside esta mesa, es necesario, me parece, preguntarse si se puede hablar de la existencia de una identidad literaria...

La pregunta entonces se multiplica: ¿hablamos de una identidad literaria argentina, hablamos de una identidad literaria de los escritores, hablamos de una identidad literaria de los lectores? O, por fin, ¿qué es una identidad literaria y, si existe, quién puede adjudicársela o reivindicarla?

Tal vez haya que descartar que exista una identidad literaria común a todos los argentinos. En un país en el que la inmensa mayoría de sus 38 millones de habitantes no conocen, no han leído, a los escritores llamados argentinos... De un país en el que apenas una muy delgada minoría alguna vez leyó un libro de Olga Orozco (La Pampa), de Juan Filloy (Córdoba), de Héctor Tizón (Jujuy), de Eduardo Belgrano Rawson (San Luis), de Héctor Libertella (Bahía Blanca), de Ezequiel Martínez Estrada (Santa Fe), de Elvira Orphée (Tucumán), de Juan L. Ortiz (Entre Ríos), de Antonio Di Benedetto (Mendoza), o de Jorge Luis Borges (Buenos Aires), para citar apenas un breve mapa federal de autores y obras, no creo que pueda decirse, en ningún sentido, que tenga una identidad literaria.

Sí creo, en cambio, que cuando el suelo se acota, y cuando se acotan las

tradiciones, y cuando la lengua que se habla en toda una región se parece a sí misma, quizá pueda hablarse de una identidad literaria. Y sin borrar la posibilidad de que antes que de una certeza se esté hablando de una hipótesis... En esta dirección me aventuraría un poco más todavía y me atrevería a decir que, en tanto escritor, me gustaría considerar la hipótesis de que existan numerosas identidades literarias, tantas como unidades que compartan las mismas condiciones, y que entre ellas exista algo así como una identidad literaria rioplatense... una lengua más o menos común, en un territorio más o menos común, con tradiciones en parte, y quizá sólo en parte, comunes... Esta posibilidad abarcaría una literatura escrita, por ejemplo, en Buenos Aires, en Rosario o en Montevideo, y que tendría perfiles definidos, tentativamente, por las obras de Juan Carlos Onetti, de Silvina Ocampo, de Julio Cortázar, de Juan José Saer, de Jorge Luis Borges..., y de otros, por supuesto.

Y en tal caso, ¿podría o debería oponerse, y con qué objeto, esa identidad literaria a los productos globalizados de la industria editorial? Pienso que la idea lineal de un enfrentamiento entre un concepto cultural y un hecho económico no tiene mayor sentido. La creación artística, la creación literaria, en este caso, no está en condiciones de, ni tiene por qué, competir con J. K. Rowling y su Harry Potter, El Código Da Vinci de Dan Brown, o el próximo Zorro de Isabel Allende. Un escritor no debe perder de vista el escenario de sus combates. Y ese escenario será siempre el de su escritura. Si las condiciones industriales que dominan el negocio del libro global no favorecen la circulación y el reconocimiento de los libros literarios el problema, es claro, no es un problema de los escritores. Por el contrario, desde ese terreno propio, identificado, y opuesto a las ideologías de todos los imperios quizá se logre resistir a la fuerza de estos primeros vendavales que parece que lo arrasarán todo... Porque si no lo logran, si no borran del mapa de una vez y para siempre a la creación artística, a la poesía, a la ética, a una literatura que seguirá escribiendo en definitiva no contra el mercado sino a favor de ella misma, entonces esa resistencia sin concesiones podría en cualquier momento imaginarse y constituirse, nuevamente y otra vez, en utopía.